



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Kemalismo: tercer camino

Autor: Cengiz Bükler, Armagan

Forma sugerida de citar: Cengiz, A. (2001).
Kemalismo: tercer camino.
Cuadernos Americanos, 4(88),
168-173.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XV, Núm. 88, (julio-agosto de 2001).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

Kemalismo: un tercer camino

Por *Armagan Cenğiz BÜKER*
Universidad de Ankara, Turquía

LA IRREMEDIABLE ENFERMEDAD de la economía mundial de hoy, el gran sacudimiento de las economías regionales y el increíble derrumbamiento total de un sistema, es decir la caída de la Unión Soviética, que representaba la esperanza, por lo menos imaginaria, para las masas, el quebranto de algunas otras economías regionales secundarias, y los interminables conflictos y contradicciones del liberalismo/capitalismo, o bien del Estado/pueblo, nos inducen a la búsqueda de la posibilidad de un tercer camino para salvar a la humanidad y acabar las interminables luchas y guerras que cuestan mucho dinero, mucho tiempo, muchas vidas y mucho sufrimiento.

En el año 1923 en Ankara se proclama la República Turca después de una ensangrentada guerra de independencia contra los invasores imperialistas europeos. Una nueva nación venía a la luz sobre los escombros de un gigantesco imperio del viejo mundo, con una historia larga y majestuosa. La nueva Turquía, establecida con este nombre por su genial fundador Mustafá Kemal Atatürk, acababa de abrir su parlamento y declarar su independencia. La esplendorosa capital del imperio otomano había sido la histórica y fabulosa metrópoli Estambul, o Constantinopla, una de las escasas ciudades del mundo habitada y ensalzada por la especie humana sin intervalo por un pasado de miles de años. La capital del imperio bizantino, el centro de la Iglesia oriental y el último baluarte del comercio occidental con Lejano Oriente hasta la gran conquista en 1453 por los turcos otomanos. Esta urbe de sueños exóticos y de inspiración para muchos poetas tanto orientales como occidentales, que la llamaban "la belleza de mil amores", la dueña de la imaginación de Pierre Loti, el nido de los sultanes y el amparo de muchos reyes, que por los caprichos del destino tenían que huir de sus propias tierras a este centro mundial... Esta vieja capital del sultanato quedaba atrás con sus innumerables recuerdos de un pasado rico y magnífico; con sus prodigiosos palacios y templos, con sus inagotables colecciones de arte y cultura, y con sus interminables trenzas de intrigas palaciegas; como una mimada amante abandonada en sus inquietudes y arrepentimientos. La nueva capital republicana, Ankara (Angora, Ancyra, Engürü, Ancla),

no era más que un pobre pueblecito de Anatolia. Tenía un clima limpio pero áspero, una tierra seca y ruda con ciénagas, una pequeña población provinciana turca típica del centro de Asia Menor, con sus amargas experiencias y sufrimientos de siglos; y con su paciencia resignada; aunque el fundador de la república y el creador de una nueva nación turca estaba decidido a convertir este desierto en una verde metrópoli.

Todo el país era lo mismo: áspero, seco, amargo, sufrido. En escombros tras una serie de devastadoras guerras contra todas las fuerzas invasoras que representaban un asalto universal en todas las fronteras. La mayor parte de la población joven y productiva perdida en batallas. Todos los intelectuales caídos en combate. No había ningún recurso para formar un capital, ninguna empresa establecida, ningún empresario con experiencia y conocimiento. Ninguna fábrica, ningún taller, ningún centro de finanza. Falta de mano de obra, falta de dinero, falta de información. Y las enormes deudas heredadas de un extinto y quebrado imperio.

Esto era el cuadro de la situación en que se encontraba el joven Estado de la nueva República Turca en el año 1923, con una población de más o menos diez millones, mientras en el mundo dominaban las ideologías de ambos extremos del abanico. En esa década en Europa sobresalían regímenes fascistas y en Rusia predominaba un creciente comunismo, aparentemente brillante y exitoso. Entre los dos se había creado una cortina de hierro. El mundo estaba dividido en dos bloques, y cada uno de éstos buscaba la solución con sus métodos ideológicos extremistas. Cada uno creía en la certeza de su método, cada uno propagaba con fe y ardor su idea y su ideal. Estaban fanáticamente convencidos de sus ideologías. Para cada uno la suya era la única y absoluta verdad.

En este mundo de dos gigantescos poderes y dos imponentes y absolutas verdades, la joven República Turca de Mustafá Kemal Atatürk buscaba su opción. ¿A qué bloque tenía que afiliarse? ¿Cuál de los dos extremos sería su camino para sobrevivir, para recuperarse, para desarrollarse? ¿Cuál era la correcta vía económica para el éxito y la prosperidad?

El gran fundador, el incansable renovador y el genial líder Mustafá Kemal Atatürk tenía una sola respuesta a estas cuestiones: independencia.

Independencia total y completa. En política, en la cultura, en la soberanía nacional, en el pensamiento y en la economía. Él creía en una economía sin yugo e independiente de cualquier fuerza o

de cualquier ideología extranjera impuesta. Deseaba crear una economía nacional, según condiciones y posibilidades de la misma nación, teniendo en cuenta, sin embargo, la necesidad de mantener una relación armónica con las realidades económicas internacionales. Realizar una economía nacional totalmente libre y original. Creada por ensayos y experiencias propias sin ninguna subordinación o dependencia de cualquier receta prescrita.

No confiaba en el capitalismo, ya que había conocido muy bien todas las crueldades interiores y exteriores de un imperialismo insaciable. Había ganado una guerra con mucho dolor contra ese mismo sistema imperante, explotador e inhumano. Había ganado una guerra muy cara y muy desastrosa contra un colonialismo invasor. Pensaba que las libertades de uno no podían servir de pretexto para suprimir las del otro. Crear caudales con explotación despiadada, que causaba sangre, sufrimiento y lágrimas, no merecía ser el destino de la humanidad. Decía: “Paz en el país, paz en el mundo”. Era un humanista y pacifista sincero. En cuanto a su economía, no debía ser una economía dependiente de guerras. Soñaba con un mundo próspero y unido con una activa voluntad de paz, con amor y con respeto para todos los seres humanos. “¿Para qué existe el dinero —decía— si no para realizar la verdadera felicidad del hombre?”. Consideraba al dinero servidor del hombre, y no al hombre servidor del dinero.

No creía tampoco en el comunismo que obligaba al individuo a perder en la práctica casi todos sus derechos democráticos y todo su valor e importancia. No aceptaba el totalitarismo partidista, porque tenía visión; el bolchevismo no era nada más que el resultado del capitalismo salvaje o una desmedida alergia al mismo, que era igualmente materialista e inhumano ver al hombre sólo como materia y cuerpo. Sabía que para pasar a la reacción, habría que sufrir la misma acción. Preveía que los sueños solamente podían estropear y echar a perder las realidades. Y percibía que de la violencia no iba a nacer nada más que violencia.

¿Cuál era la sugerencia de Mustafá Kemal Atatürk? Pienso que, antes de buscar una respuesta concreta, hay que revisar y analizar los resultados de la práctica de su sistema particular, que es el *kemalismo*.

En su famoso discurso expuesto en el décimo aniversario de la proclamación de la República Turca, Mustafá Kemal Atatürk decía: “¡En diez años hemos creado quince millones de jóvenes de todas las edades!”. Cuando él murió en el año 1938, la República

Turca representaba un país de grandes éxitos. Se habían pagado todas las deudas otomanas; la nueva Turquía no debía ni un centavo a nadie; se había construido una tierra próspera y una moderna capital: Ankara. Se había establecido una poderosa industria moderna, se había realizado la construcción de una larga red de ferrocarril; se había instituido un poderoso sistema bancario, que antes no se podía ni imaginar, con sus grandes bancos reconocidos por todo el mundo. La población aumentaba; el nivel de la educación se elevaba y florecía la vida cultural. La joven República Turca ayudaba incluso a sus vecinos cuando ellos, por variadas razones político-económicas, lo necesitaban.

¿Cuál fue el secreto de Mustafá Kemal Atatürk? ¿Cuál fue el método de tanto éxito? ¿Cuál fue tal sistema tan productivo?

El kemalismo puede ser considerado tanto una ideología político-social, como una propuesta económica dependiente de unos principios básicos como *paz, independencia y soberanía nacional*, es decir *la libertad nacional*. Es una utopía realizada. Tener paz en el país y mantener relaciones pacíficas con todo el mundo garantiza, ante todo, evitar los innecesarios gastos destructivos de una interminable compra de armas y de costosas preparaciones militares, permitiendo que esa fuente de riqueza se utilice para elevar el nivel de vida de su población. No hay duda que actualmente muchos países en el mundo dedican la mayor parte de su presupuesto a enormes gastos bélicos.

El concepto de la “independencia total” también tiene importancia vital en controlar la economía del país sin necesitar ayuda condicionada o los diversos tipos de intervención extranjera. Y la libertad, en todos sus sentidos, es imprescindible para una economía viva con un desarrollo sano y natural.

Mustafá Kemal Atatürk soñaba con un “Estado Mundial”, formado por la unión de todos los países, todas las razas y todas las culturas dentro de una Organización Internacional Humanística de economía, de poder y de autoridad, que sería un árbitro justo, neutro y pacífico, aboliendo así la búsqueda de solución a los conflictos, tanto regionales como internacionales, con métodos militaristas y salvajes, los que hasta hoy siempre han causado dolor, violencia y muerte.

En el régimen kemalista la situación del Estado es importante. El Estado debe tener el control del sistema y asegurar la sanidad de todos los procesos de una manera totalmente objetiva e imparcial. El Estado debe ser fuerte para seguir desempeñando la im-

portante función de inspector, fiscal y guía, que garantice la protección de los intereses de la sociedad y los derechos tanto sociales como individuales; que realice los servicios necesarios para el futuro del país, que ninguna empresa privada pudiera o quisiera emprender, tales como la seguridad social, la construcción de las carreteras o ferrocarriles, la educación, la defensa, la justicia etc. El Estado ayuda y protege los negocios y las empresas privadas, y asegura cualquier asunto económico. Es la garantía y la seguridad para la agricultura, para el comercio y para la industria. La industria mayor y la construcción de la infraestructura no pueden realizarse solamente con pequeños y relativamente débiles caudales privados, excepto, tal vez, en unos pocos países de gran industrialización, la cual también es, sin la ayuda y la protección estatal, vulnerable. Ningún rico podría atreverse a fundar y mantener un ejército, o a competir contra las fábricas de aviones o de armas de las grandes firmas internacionales ya establecidas. Nadie podría realizar la creación de un sistema nacional de escuelas y universidades. Y, ¿quién podría invertir una fortuna para planear y construir complejos carreteros o ferrocarriles o presas?, ¿cuál empresa privada podría tener la cooperación y el apoyo voluntario de toda una nación por la defensa de un gran ideal?...

Tampoco sería racional dejar las fuentes de poder y de energía, que son tan estratégicas y vitales, a la arbitrariedad de algunas manos individuales.

Del otro lado, el pensamiento kemalista garantiza también la seguridad y la autonomía de las empresas privadas. Quien desee realizar un servicio económico, será apoyado y protegido por el gobierno en forma de un "contrato social" entre el individuo y el Estado, asegurado por las leyes y por la constitución. La propiedad es sagrada, pero la justicia es imprescindible. La administración debe proteger y garantizar los derechos de cada ciudadano. La sociedad fomenta y sostiene la propiedad y la empresa, afirmando la libertad y la seguridad de los negocios privados, como podemos observar claramente en la creación y el enorme desarrollo de algunos capitales privados reconocidos internacionalmente. Entre muchos otros hemos de citar la firma Koç, la Sabancı y el banco Is Bankası, los cuales están practicando hoy día desde Turquía una hábil competencia en el mercado mundial.

En fin, puede verse que, a pesar de sus visibles éxitos prácticos, en realidad el kemalismo no es un sistema establecido ni una doctrina en el sentido clásico, aunque en la República Turca y en

Europa se acostumbra referirse a él de este modo. La opinión de su fundador es que las “doctrinas” establecidas contienen unos principios formales y rígidos que, no pudiendo cambiarse según las leyes naturales de evolución, se debilitan con el tiempo y pierden su validez. Al contrario, el “movimiento kemalista” es una continua búsqueda de síntesis y de equilibrio. Una síntesis de los mejores elementos de varios y diferentes modos de pensamiento adquiridos por los esfuerzos intelectuales de la humanidad con el solo criterio de ser racional y benéfico para el hombre. Y, luego, un factible equilibrio entre el liberalismo y el estatismo: dos doctrinas, a primera vista, opuestas; un equilibrio entre Este y Oeste, finalizando así la eterna contradicción que por toda la historia ha separado ambos mundos; y, por último, logrando también que entre el individuo y el Estado reine una reconciliadora cooperación pacífica y duradera, necesaria para evitar los grandes fracasos y crisis económicas, políticas, culturales y sobre todo humanas que sufren los actuales regímenes o gobiernos del mundo. Los fracasos mismos que, causando desesperación, brindan válidos pretextos para todo tipo de fundamentalismo, integrismo, terrorismo y violencia. La síntesis y el equilibrio que todavía muchos países desarrollados, o en vías de desarrollo, están, penosamente, buscando.

Para concluir, me permito expresar mi convicción de que un más profundo estudio académico e histórico del kemalismo orientaría un tercer camino de esperanza y prosperidad para todas las naciones del mundo, y el estudio de las ideas racionalistas y pacifistas de un líder práctico e ingenioso sería de mucho beneficio para toda la humanidad, haciéndonos ganar una nueva visión de la política y de la economía mundiales.

BIBLIOGRAFÍA

- Amin, Samir, *El capitalismo en la era de la globalización*, traducción al español por Rafael Grasa, Barcelona, Paidós Ibérica, 1999.
- Blanco Villalta, *Atatürk* (1939), 7ª ed., Buenos Aires, Agon, 1993.
- Du Pasquier, Roger, *El despertar del Islam*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1992.
- Sinanoglu, Suat, *Visage de la Turquie*, Ankara, Commission Nationale Turque pour l'UNESCO, 1981.
- Sahinler, Menter, *Origen, influencia y actualidad del kemalismo*, Madrid, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, 1998.